B. SOCIEDAD, ECONOMIA Y DOCTRINA SOCIAL

ANGELES, HOMBRES Y OPTIMIZACION*

A lo largo de la historia se vienen repitiendo, con diversos matices y en distintas versiones, tres enfoques principales acerca de la naturaleza humana, cada uno de los cuales sirve de fundamento a una determinada estrategia de acción social: (i) El ser humano es fundamentalmente bueno. Si se eliminan los obstáculos institucionales que impiden su desarrollo, su bondad florecerá (enfoque angelical o utópico, en la línea de Rousseau). (ii) El ser humano es ante todo un animal. Dada su depravación natural, para proteger a la sociedad se requieren instituciones fuertes, que controlen sus pasiones e instintos (enfoque conservador). (iii) El ser humano es, en potencia, un santo o un demonio. No está condicionado a transformarse ni en uno ni en otro; tiene la libertad de convertirse en cualquiera de ellos. En

* Trabajo inédito, escrito en 1968.

consecuencia, hay que crear instituciones que tengan en cuenta estas posibilidades (enfoque cristiano).

Podría criticarse a los utópicos que un sistema basado en el supuesto de que el ser humano es esencialmente bueno está condenado a fracasar rotundamente, y a erigirse incluso en una atroz injusticia si en la práctica los seres humanos resultan no ser realmente tan santos. En efecto, en dicho caso la organización prematura de un sistema "ideal" sólo haría emerger los peores aspectos del hombre. Por ejemplo, en una sociedad utópica no habrá armas. Sin embargo, es probable que un paso en ese sentido -el desarme unilateral, digamos de Israel- redunde únicamente en un deterioro de las posibilidades de paz en el Medio Oriente. La sociedad sería ciertamente mucho más feliz si la gente pudiera dejar abiertas las puertas de sus casas, pero la introducción de esa medida estimularía la delincuencia, suscitando una generalizada frustración. Sería ideal que la gente identificara el bien de su prójimo con el suyo propio. Qué maravilloso sería que cada uno produjera de acuerdo con sus capacidades y consumiera de acuerdo con sus necesidades. Si las cosas se dan seguramente así al interior de una familia, ¿por qué no, también, al interior de la familia universal de la humanidad? Tristemente, como el ser humano no se identifica mayormente con los que están fuera de su órbita de amistades y relaciones primarias, hay que proporcionarle incentivos más próximos a esa órbita primaria para que se esfuerce al máximo. Probablemente el país que intentara de progresar pasando por alto este hecho no alcanzaría el desarrollo; por sí sola la abolición de los incentivos no crea el sentido de identificación necesario para que opere esta regla utópica.

En pocas palabras, los utópicos parecen desconocer por completo la validez de la teoría del mal menor o de las opciones subóptimas. Para que un sistema ideal deje de serlo en la práctica, bastará que falte una sola de las

condiciones en que se sustenta (por ejemplo, la bondad natural del ser humano). Y, si somos firmes defensores de la tercera posición, en el sentido de que el ser humano sólo es bueno en potencia, habrá que concluir que es ilusorio confiar en que una determinada institucionalidad, por buena que sea, pueda hacer aflorar automáticamente la bondad del individuo.

También hay que precaverse de ciertas variantes conservadoras. Algunas de ellas afirman, erróneamente en mi opinión, que puesto que el ser humano es egoísta, para asegurar el desarrollo hay que satisfacer su ego. Que el ser humano es individualista; por tanto, no hay que esperar que apoye políticas que lo perjudiquen, por mucho que beneficien al público en general. Que el ser humano se guía ante todo por su instinto; en consecuencia, para obtener su voto, lo mejor es apelar a sus peores pasiones y prejuicios o decirle lo que desea oír, aunque sólo sea para satisfacer su tendencia a engañarse a sí mismo. Que el ser humano es ignorante; de allí entonces que el mejor sistema es el que exige obediencia militar entre el líder (el que sabe) y el que lo sigue (la masa ignorante). Que el ser humano es inseguro; por tanto, el mejor sistema social es aquel que libera a las masas de la necesidad de tomar decisiones, las cuales quedan radicadas en una "elite". Tales ejemplos ilustran que la optimización. en función únicamente de lo que el ser humano es en un momento determinado, y sin tomar en cuenta sus potencialidades, lleva a la negación del comportamiento moral. Eso explicita el origen del error de los conservadores.

En abierto contraste, la moral del derecho natural, inspiradora de toda la filosofía humanista, parte no de lo que el ser humano es en un momento determinado, sino de lo que puede llegar a ser de acuerdo a su naturaleza. El ser humano no es simplemente lo que es sino también aquello que puede llegar a ser.

El error fundamental de angélicos y conservadores consiste, pues, en pasar por alto el hecho de que el hombre no está plenamente actualizado. El ser humano no es ni bueno ni malo, ni nada aún acabado; está en vías de ser. Optimizar en función exclusivamente de aquello en lo que podría transformarse, como hacen los angélicos o utópicos, equivale a suponer que el hombre ya es en realidad lo que sólo es en potencia. Pero igualmente equivocado es el enfoque conservador, que visualiza al ser humano como si fuera sólo lo que es actualmente, ya que ello hace todavía mas difícil que llegue a transformarse en el ser que es en potencia.

En cierto sentido ambas herejías paralizan al individuo, al negar la posible actualización del potencial que éste alberga. Por eso no ha de sorprender que ambos puntos de vista se caractericen por propiciar instituciones rígidas o cerradas, coherentes con una visión estática del ser humano. Los dos coinciden en considerar a los proponentes del "tercer camino" como simples componedores, aguas tibias; en el mejor de los casos, reformadores bien intencionados, que postergan la decisión crucial entre las dos grandes concepciones del ser humano. Tal actitud común ayuda a explicar por qué, cuando los angélicos llegan al poder, tienden a hacerse conservadores, utilizando en pro de sus utopías las mismas armas represivas de los déspotas de derecha. Es que unos y otros profesan visiones estáticas del individuo y, por ende, enfoques cerrados de las instituciones sociales.

Desde mi perspectiva, los que llegan al fondo del problema son los que sugieren el "tercer camino", pues parten de una concepción correcta del hombre, visto como un ser en vías de plena actualización. No se trata pues, de optar entre dos conjuntos de sistemas institucionales *cerrados*, cada uno de los cuales corresponde exactamente a una determinada condición social. Lo que se requiere, más bien, son instituciones

abiertas, que se adapten al constante cambio y desarrollo del ser humano. Es preciso, por lo mismo, adaptar el sistema institucional a la verdadera naturaleza del hombre, que está en vías de ser y nunca se actualiza por completo.

Desde este punto de vista, la base filosófica de las instituciones abiertas y pluralistas no reside sólo en que la persona es multidimensional, sino en que está siempre en vías de ser. Las instituciones deberían estimular el desarrollo positivo del ser humano, pero el resultado no es garantizable. Menos puede postularse que ese hombre ideal constituya el requisito para el eficaz funcionamiento de las instituciones.

Por último, es preciso subrayar la dosis de verdad contenida en la posición de quienes sostienen que es necesario marginarse del sistema, puesto que trabajar dentro de él lo fortalece. Eso sería cierto en la medida que el sistema fuese cerrado y, por consiguiente, visualizara al ser humano como un ente ya inmodificable (es lo que sucede, por ejemplo, en Chile con el enfoque conservador, que visualiza al ser humano como animal: y en los países comunistas, con la concepción utópica de que el ser humano es ya un hombre nuevo). Pero también hay sistemas institucionales abiertos en los que, naturalmente, no debería haber problemas en trabajar "desde adentro"; las dificultades se darían principalmente en los sistemas cerrados, ya que en este caso se trataría no de fortalecerlos, sino de abrirlos. Sólo puede negar esta posibilidad el que no ve sino sistemas cerrados; el partidario de la herejía utópica o de la conservadora.

Por esta razón, y ya en los ámbitos interpersonal y microsocial, hay que acoger con cautela a quienes, en beneficio de la autenticidad, exhortan a actuar como se es. La validez del consejo depende de lo que uno entienda por lo que "se es". En la medida en que quienes formulan esta exhortación estiman que uno es un ser ya inmutable,

el postulado es muy discutible. La autenticidad no consiste en ser lo que se es en la actualidad, sino más bien en convertirse en lo mejor que se es en potencia. Cada uno de nosotros no sólo es lo que ahora está actualizado, sino además el conjunto de sus potencialidades.

Ser simplemente lo que se es ahora es renunciar a crecer; es morir. Por eso, los verdaderos amigos son quienes nos ayudan a descubrirnos a nosotros mismos, los que nos estimulan a ser lo mejor que en potencia somos, y no quienes nos permiten quedarnos en donde estamos.